pues salió del cuartel mostrándola á todos y blandiéndola en el aire con gritos de alegria.

Presidente.—Lebelleguy, poneos en pie: y dirigiéndose al testigo le dijo: ¿reconoceis á este acusado?

—Sí, coronel, perfectamente [movimiento].

Lebelleguy.—Es cierto que yo tenia la espada del general, pero no tenia una gota de sangre y la tomé en el cuartel.

Presidente.—Coronel Desmarets: ¿dónde se hallaba la espada del general en el momento en que fué fusilado?

—Estaba, segun creo, en un rincon cerca del armero.

Mr. Gobert declara en el mismo sentido el lugar en que estaba la espada y añade que oyó tres descargas de fusileria y que el último tiro fué disparado por Nourrit; entonces atravesaron el cuerpo del general con su espada.

Brunerie, sargento de la guardia nacional, declara que al entrar en su casa, un insurgente nombrado Nourrit armado con un fusil le dijo: lo he atravesado con éste.....¿A quién?—Al general; y otro compañero mio, llamado Lebelleguy, le ha atravesado las entrañas con su espada.

Presidente.—¿Estaba teñida de sangre la espada?

—No, coronel: á lo menos yo no le he notado.

Mr. Favre.—Fabricante de productos químicos. —He visto á Juan Nourrit, llegar á mi casa diciendo en voz alta: "oye, amigo Favre, he matado á un general."—Al oirlo, le repliqué: "¿Cómo, desgraciado, has hecho eso?"—"Si, mira su espada."—Me la dió en efeto y vi en ella un lema que decia: "donada al valiente Bréa por el general Carpentier, en recuerdo de la batalla de Waterloo."—Tú has matado á uno de los mas valientes militares de la Francia: ¿qué has hecho, amigo mio? —[la voz del declarante estaba alterada por una profunda emocion], Nourrit: has cometido un crimen atroz.—Nourrit se conmovió derramando lágrimas y me respondió "¡Ah! no he sido yo quien ha cometido este delito: es un arrebato que siento, el que me ha obligado á decirte esto, porque soy el mas desgraciado de los hombres." Conozco mucho á ese infeliz y su cerebro estaba trastornado.

Mr. Chartelier.—Desearia que el testigo que habla se esplicase mas sobre el estado mental que padece la familia de Nourrit, y que nos diga lo que sabe respeto á la muerte del padre del acusado.

Favre.—Conozco á esa familia, y toda ella tiene trastornado: el juicio el padre murió en Bicetre hospital de dementes, y su hijo desde esa época no ha tenido un dia de lúcidos intervalos. En una ocasion estuvo ausente de su casa quince dias, y me dijo que habia pasado todas esas noches en las caballerizas.

Mr. Dutoit, rentista, estaba presente cuando llevaron al cuartel al general y demas oficiales.

—Estaba á la presencia de aquel gefe, y Lahr y Moussel se hallaban á mi lado; el primero me violentó para que saliese del cuartel, y me maltrató bastante: me amenazó con su carabina diciéndome que era un aristócrata; y á no haber sido por que una mano vigorosa se lo impidió, me hubiera asesinado. Al momento subí á mi habitacion en el segundo piso, y oí una descarga, lo cual me obligó á asomarme á la vidriera, desde donde ví á Lahr hacer fuego con su carabina. Moussel era uno de los mas ecsaltados, y así es que al dia siguiente lo hice prender, y encontramos en su casa un fusil de percusion cargado y oculto en su chimenea, sin haber reconocido si antes habia hecho fuego.

Mr. Plee.—Pido que declare Moussel dónde adquirió este fusil.

Moussel.—Choppart me lo dió en el Gran Salon con dos cartuchos, y como se me increpaba de ocioso y haragan, lo tomé.

Choppart, niega este hecho.

El presidente á Mr. Dutoit.—¿No sabeis nada respecto á Bussieres?

Testigos.—Perdonad, coronel: Bussieres fué uno de los que quisieron obligar al general á que mandase á su tropa rendir las armas.

El reo Luc, preguntó al testigo si no se acordaba de una conversacion que tuvo con él, en su calidad de sargento mayor, y que al terminarla, habia dicho á los que buscaban á Moussel.—"Luc es un buen muchacho, y un buen ciudadano."

M. Dutoit.—No me acuerdo si he dicho eso respeto á ese insurgente.

Luc con viveza:—*¡Insurgente!* os engañais, señor:

Presidente.—¿Lo calificais como tal?

Testigo.—¿Cómo yo lo veía allí.....pero me he engañado; queria decir acusado.

Luc satisfecho.—En hora buena: todos podemos engañarnos.

X.

La audiencia del dia 21 de Enero fué intereante por la declaracion de Mr. Dardelin, maire del distrito de Gentilly, y propietario de la casa del Gran Salon.

Dardelin reconoció á Bussiéres, Mennier, Luc, Vappreaux el mayor, Choppart, Dugas y Lahr. En Seguida declaró

El viernes á las dos de la tarde bajó del fuerte de Yuri el 24 ligero, á tiempo que habia en el distrito mucha agitacion aunque no alarmante. Sin embargo, los obreros de terraplenes se reunieron y quisieron impedir que pasase el regimiento; pero su gefe los arrolló y entró en París. Al ver esto, dí mis disposiciones para que se reuniese la guardia nacional y conservase la tranquilidad pública, y seguro del cumplimiento de mis órdenes, recorrí el punto por espacio de cinco horas. A mi regreso encontré levantadas en la barrera las barricadas, por lo que reuniendo en mi casa á algunas personas y entre ellas á M. Lecon, comandante de la guardia nacional, discutimos las medidas que seria conveniente tomár.

El dia terminó de este modo, pero al sábado siguiente, vimos una nueva barricada que habian levantado en el boulevard, y que seguramente la hicieron por la noche, y esto me convenció que era imposible ya sostener la tranquilidad pública, pues aunque me buscaban para dar providencias y me consultaban sobre ellas, nadie me escuchaba ni me obedecia. Todo al contrario, pues me amenazaban bajo pena de la vida si permitia que siguiese el correo su ruta. Me contenté con demostrarles la religiosidad que ecsigia el secreto de la correspondencia particular, é hice escoltar las balijas. Habian aprisionado á un oficial de ordenanzas nombrado M. Roger de la compañia de Boulogne, y querian fusilarlo; para impedirlo, les convencí de que no era humanidad asesinar á un oficial de esa clase, por solo el uniforme que llevaba, y que era conveniente asegurarse primero si tenia esa investidura. Al efecto envié dos insurgentes á Boulogne, los cuales regresaron á las cinco, y en el momento que llegué para saber el resultado del mensaje, M. Roger se aprovechó de un movimiento que hubo entre el camino y la barrera, y se salvó:

Presidente.—¿Quién mandaba las barricadas en esos instantes?

—Todos mandaban: el sábado habia aun algunos oficiales de la guardia nacional que tenian alguna influencia; pero los que enteramente dominaban allí eran dos personas nombradas Ringuet y Labour; sin embargo, yo creia que quien ejercia mas influjo era uno que se llamaba Monron, porque dominaba á todos, era gefe de un club y autor de todas las desgracias que sucedieron.

—¿No ejercia mando Bussieres?

—En aquellos momentos, no, señor; pero despues que se atacó la barricada por la guardia móvil ya tenia mando.

—¿Cómo fué ese ataque?

—Una docena de soldados salvaron la barricada, y habiendoseles hecho fuego, correspondieron á él y se retiraron.

—Los acusados pretenden asegurar que estaban en la barricada como guardias nacionales y que los móviles les hicieron fuego primero no haciendo ellos mas que defenderse.

—En este particular puedo dar una esplicacion que ilustrará al consejo. La guardia nacional propiamente dicha, ó mas bien la antigua guardia nacional, estaba seducida y dominada por los que se introdujeron nuevamente en las compañías, y por otros que eran estraños y no pertenecian al distrito: en esos momentos, todos estaban armados y todos eran de la guardia nacional, y el sábado por la tarde ya no quedaba uno solo de la antigua guardia.

—Eso quiere decir que el sábado, todos los que estaban en la barricada habian tomado partido en la insurreccion.

—Así lo creí con toda seguridad: todos los que allí se hallaban eran insurgentes.

—¿El ataque de que hablais, fué verdaderamente un hecho momentáneo de la guardia móvil?

—Se habla con variedad sobre eso; pero por los datos que he podido conseguir, resulta que la móvil no fué el primer agresor.

—¿Vappreux el mayór, no ha públicado que mató en ese ataque á un abanderado de la móvil?

—Esto mismo me han dicho Ringuel y otros insurgentes ante el cuerpo de guardia del centro; y ante Renouls y el ayudante mayor.

—?Se ha dicho que fué el hermano mayor?

—No se ha dicho cuál de los dos.

Vapprex el mayor—Es de mí de quien se trata: voy á citar un hecho.

Presidente.—Esperad: dejad que acabe su declaracion el testigo.—Testigo, ¿qué pasó en ese ataque?

—Nada particular, si no es que todos se han batido por igual, y que si habia allí un gefe era Monrou. Yo bajé para dar lectura al papel, pero por lo pronto me lo impidió un ruido tumultuoso y amenazante. Se pasó un largo cuarto de hora para conseguir un poco de silencio, y veía dirigir á mí los cañones de muchos fusiles; no obstante, leí el escrito, al que respondieron con gritos desaforados: "Se nos ha robado mucho y ya no permitirémos que se nos robe mas: ¡Venga el general; venga para que sea fusilado."

Presidente.—¿Quién se mostró mas encarnizado contra vos?

—Moussel; lo conocí por el altercado que tenia con Dutoit, quien desvió el fusil que dirigia sobre mí.

—¿Solo á él visteis?

—Solo á él.

—¿Subisteis despues?

—Sí, señor: la pieza estaba tan llena de gente que no pude acercarme al general.

—¿A quién devolvisteis el escrito?

—No me acuerdo.

Presidente.—Continuad.

Testigo.—Llegó Monrou, y le supliqué hiciese algun esfuerzo para calmar aquella efervescencia; pero me volvió la espalda con indiferencia. M. Desmarets me dijo: "señor maire, ¿qué es eso, nada podeis hacer en nuestro favor?—Bien veis que no, le respondí; pero me ocurrió la idea de bajar para pedir socorro, sin esperar lo que me sucedió, que fué encontrar echada la cadena de la puerta y que se me marcase el alto diciéndome: "ni vos, ni el general, ni sus oficiales, pasarán por aquí." Supongo, les repliqué, que quereis hacerme prisionero.... En fin, logré salir. Durante este tiempo hubo un movimiento en la escalera y ví bajar al general acompañado de Mr. Gobert, Mangin, Dutoit, Moussel y el bombero.

—Esplicadme la catadura de este último.

—Tenia un semblante de fuego, un casco sin cordones, y un cinturon.

—¿Tenia, pues, casco?

—Positivamente.

—Tenia bigotes?

—No puedo afirmarlo.

—¿Su talla?

—Es ordinaria.

—¿Su tamaño?

—Pequeño y delgado.

—¿Tenia algun grado?

—Tenia galones de cabo de escuadra; pero no pertenecia á la compañia de bomberos del distrito.

—¿Cómo supisteis que era Lahr?

—Cuando declaré ante el juez de instruccion hice mencion de ese bombero, y el espresado juez me dijo que era Lahr, lo cual ignoraba yo aunque advertí que siguió á mi declaracion la suya.

PRESIDENTE.—Continuad.

M. DARDELIN.—Cuando salió de la casa del general, me dirigí á la barrera y de allí me separé para reunirme con él; pero cincuenta pasos antes de llegar al cuartel, ví venir un grupo de insurgentes uno de los cuales traia un papel en la mano. "Mirad al maire; que lleve el papel. Grange gritó: "y sobre todo, que la persona del maire sea sagrada; que no se le moleste en nada." Entonces Luc me tomó del brazo, y me persuadí que lo hizo con buenas intenciones.

PRESIDENTE.—Habeis dicho en vuestra declaracion escrita, que ese papel se os habia entregado con órden espresa de comunicarlo al representante de Ludre, y que aceptasteis esta comision en compañia de Grange, Julian, Luc y Bussieres.

—No es esacto, señor, respecto á Julian, pues á éste lo encontré en el segundo viaje. El escrito de que era portador decia: "Si quereis salvaros, volveos por donde habeis venido." M. Ludre me respondió: "dentro de diez minutos será cumplida esta órden."

De regreso de esta comision, encontré á un jóven con un segundo papel que decia: "Está en nuestro poder y tenemos ya la órden." La tropa hizo un movimiento retrógrado, apoyando su derecha en la barrera del infierno, y la izquierda en la de Santiago; el jóven gritaba: "que rindan lar armas, y entreguen los cañones;" le replique que eso era un disparate, y me dirigí á la barrera de Santiago donde entregué el escrito á M. Ludre, y en cuyo acto me acompañó Bussieres.

PRESIDENTE.—¿Tenía ese un escrito?

—Creo que no: mientras hablaba á M. de Ludre, se separó de mi Bussieres para hablar á algunos oficiales, y el coronel Thomas marchó á Luxembourg á recibir órdenes: cuando volvió las trajo muy severas: se nos concedia un cuarto de hora para devolver al general y á Mangin, y pareciéndome poco tiempo el señalado, pedí media hora. Me separé con rumbo á la barrera Fontainebleau y Bussieres desapareció. Tomé el mismo camino por donde fuí, y se me dijo que no fuese mas lejos porque el general habia sido fusilado. "¡Imposible! dije yo, pero me lo rectificaron. Corrí hasta el cuartel general, y el que estaba de centinela en la puerta me impidió la entrada, diciéndome que todo allí era horrible; estos sucesos me movieron á dirigirles una reprension enérgica por su conducta, y los invité á que destruyesen las barricadas; volví á la barrera Fontainebleau y entré en Paris por la de Croulebarbe, presentándome á las tropas y diciéndoles que no habiendo conseguido volver con el general, me entregaba á ellos para que hiciesen de mí lo que gustasen.

PRESIDENTE.—¿A qué hora se tomó la barricada?

—A las siete de la tarde.

—¿Cuánto tiempo medió desde el asesinato del general?

—Cerca de una hora.

—¿Quién la mandaba?

—No pude verlo, porque me constituí arrestado y confiado á la guardia de M. Reveillé.

—Habeis declarado que Bussieres habia levantado barricadas en union de Luc, Moussel, Quentin y Lahr.

—Me lo dijeron; pero no me consta de vista.

PRESIDENTE, á Bussieres.—¿Cuáles son vuestras observaciones á la declaracion anterior?

BUSSIERES.—El señor maire puede muy bien acordarse de cuanto ha pasado. Por lo que á mí toca encontré á M. Dardelin en el mismo momento en que por segunda vez se dirigió á las tropas, y lo acompañé hasta la barrera de Santiago. Debe recordar que M. Mouton ó M. Thomas me entregó la órden de la asamblea en que prevenia la destruccion de las barricadas. Seguí acompañándolo cuando volvió á la barrera Fontainebleau, y allí supimos que el general acababa de ser fusilado, segun nos lo dijo un tal Darruel. En seguida leí la órden que habia recibido de M. Mouton y de M. Thomas: despues encontré al maire que volvia del cuartel general, preguntándole á dónde se encaminaba, me respondió que hácia la tropa. Entonces le advertí que semejante paso era imprudente, porque habiamos prometido devolver al general y que nuestro deseo no se habia logrado.

MR. DARDELIN.—No recuerdo todo eso; pero debo decir que hará dos dias me dijo una persona que Bussieres estaba con nosotros.

MR. BRET.—¿El testigo ha sido amenazado por Moussel?

MR. DARDELIN.—Sin duda alguna, estoy bien seguro de ello: ya sabia que siempre estaba ébrio, y en ese dia, con esceso; pero la víspera habia dicho en el patio lo siguiente: "Ese infame alcalde no quiso darme un fusil; pero ya tengo uno, y el primer tiro será para él." (Sensacion).

MR. DUPUIS.—¿Cuáles son las opiniones políticas de los dos hermanos Vappreaux?

MR. DARDELIN.—Nada podré decir respecto á ese particular; pero sé que al tiempo de las elecciones de la guardia nacional, se debió á ellos y á Páris el restablecimiento de la tranquilidad pública.

PRESIDENTE.—El testigo Lejeune declara que Luc os ecsigió con amenazas, armas y municiones.

MR. DARDELIN.—Lo hizo; pero sin amenazas.

MR. PHILIPPON.—¿El alcalde envió á Bussieres al cuartel para dar vales de víveres?

MR. DARDELIN.—A él mismo le faltaban, (risas).

PRESIDENTE.—¿Qué sabeis de Nuens?

MR. DARDELIN.—Nuens debió haber ido á Paris el sábado, segun supe el domingo siguiente: se ha hablado mucho sobre esto; mas lo ví en Paris. En el cuartel fué uno de los mas encarnizados contra el comandante Desmarets, y el que incitaba á los demas para que lo fusilasen; y siempre demostraba una ecsaltacion frenética. En una eleccion que hubo, me demoré algo en asistir, y al efectuarlo hallé á la asamblea en agitacion y desórden, y me costó algun trabajo restablecer el órden. Entonces subió á la tribuna Nuens y esclamó; "Obreros, se nos está engañando, guardemos las armas;" pero tambien debo decir que en las elecciones siguientes se condujo de diverso modo en la tribuna y mostró mejores sentimientos; pero la revolucion de Junio, lo volvió á trastornar.

—¿No habeis oido decir que Nuens amenazó al comandante Lecomte porque se negó á suministrarle cartuchos?

—Es muy cierto.

PRESIDENTE.—Ordenamos que se oiga á ese testigo.

NUENS.—Declaro que Mr. Dardelin, ha demostrado en todas circunstancias una lealtad y un valor sublimes; pero ahora es el eco de todas las malas prevenciones que hay contra mí.

PRESIDENTE.—¿Y las amenazas á Mr. Lecomte?

NUENS.—Las niego.

MR. CHARTELIER.—¿Despues de aquella época, es Mr. Dardelin maire del partido de Gentilly?

MR. DARDELIN con dignidad.—Doce años he sido adjunto, y maire desde 13 de Marzo de 1848.

MR. CHARTELIER.—Un concepto popular lo clasificaba como un hombre de barricadas: Pido á Mr. Desmarets, diga si algunos guardias nacionales no hubieran podido defender el cuartel?

MR. DESMARETS.—Cuando llegué al cuartel general habia allí algunos guardias nacionales, que si hubieran querido, lo hubieran logrado, y si preciso fuera, hubiera tomado un fusil y me hubiera defendido con ellos.

MR. PLEE.—Si habia tan poca gente para defender el punto, los acusados hubieran podido salvar al general.

UN DEFENSOR.—Y ayudados de 130 testigos del lance.

MR. FERBACH.—Y entonces el capitan....

TESTIGO, vivamente.—¡Alto ahí! yo no quiero atacar á nadie.

CHOPPART.—Desafio al señor maire á que nombre alguno que me haya visto en las barricadas.

EL TESTIGO.—Acepto el reto, puedo citaros todo el partido.

El testigo se retira y se llama á Dutoit.

—Afirmo, dice, que Moussel y Lahr estaban á mis dos costados en el Gran Salon.

—¿Tenia un casco?

—Sí señor, en el Gran Salon, y cuando lo ví en el cuartel tenia un kepi.

PRESIDENTE.—Que entre el zapador bombero designado.

JULIO LASSEIGNE, tratante de madera en el boulevard de los Dos Molinos.—Reconozco á los hermanos Vappreaux, á Lahr, á Moussel, á Páris y á Bussieres. No tengo que declarar gran cosa. Fuí á dar un paseo á la barrera *sin querer* (risas), y ví á Lahr entrar en la casa del Gran Salon.

—¿Cómo se hallaba vestido?

—Con un casco, y tenia un mosqueton.

—Y vos, ¿cómo estábais vestido?

—Yo tenia una blusa y un casco sin cordones, y ademas un mosqueton descargado.—Cuando entró Lahr, me retiré á mi casa.

—¿Volvísteis despues?

—Sí señor, al cabo de una hora.

—¿Y qué habeis visto?

—Nada—estuve en la casa de Penhouel, y habiendo oido un tiroteo, entré en mi casa.

DAIX.—He dicho en mi primera declaracion que ví á un jóven que estaba arreglando la llave de su fusil, decir á un bombero con casco sin cordones, "anda: tu fusil está cargado, acaba con ellos;" este bombero eras tú, miserable.

LASSEIGNE.—Es falso: tengo testigos.

DAIX, con ecsaltacion: eras tú :eras tú, miserable.

LASSEIGNE.—Es falso: tengo testigos, y los presentaré si necesario fuese.

PRESIDENTE.—Daix: no insulteis á los testigos, porque sereis espulso de los debates.

—¿Qué grado teneis?

LASSEIGNE.—Yo era cabo; pero despues....

LAHR.—Vos érais cabo despues del mes de Febrero.

PRESIDENTE.—Mañana me presentareis el nombramiento de cabo, con la fecha en que recibísteis este grado.

Teodoro Desbordes, de 27 años de edad, subteniente de la guardia móvil (primer batallon). Reconoció á Gauthron y á algunos otros reos de cuyos nombres no se acordaba.

PRESIDENTE.—Decid lo que sepais.

DESBORDES.—Al llegar á la barrera Fontainebleau nos dijo el coronel Thomas: "muertos ó vivos, recuperad al general y á su ayudante." Una persona de cabello crespo se nos acercó, diciéndonos que estaba indignado de lo que habia sucedido, y que él nos guiaria; cuando nos acercamos al cuartel, vimos fusilar á uno, sin saber si era ó no de los nuestros. Recogimos los cadáveres del general y de su ayudante, y los colocamos sobre fusiles; pero no siendo bastante fuertes para ello, los trasladamos á un tablon que nos prestaron: al practicarlo recogí el cortaplumas que estaba sobre la mesa, y que se salió de la bolsa del general. Se nos designó á un tal Luc que fué el primero que hizo fuego: fuimos á su casa y lo encontramos escondido dentro de una cuba.

PRESIDENTE.—Luc, ¿qué decís á esto?

LUC.—¿Quién ordenó mi prision?

TESTIGO.—Esto se dijo de vos.

PRESIDENTE.—¿Por qué estábais oculto dentro de la cuba?

LUC.—La guardia móvil tenia la rabia en el corazon y la espuma en la boca; por todas partes la veía hacer pesquisas; oía pronunciar mi nombre; y así es que me presenté diciéndoles: "Si me buscais á mí, aquí estoy; no me hagais mal y dejadme hablar." Mr. Mercier que estaba presente, les añadió: "Amigos: no le hagais fuego: es un hombre honrado, y no sé por qué lo buscais."

PEDRO MENAND, cabo de la guardia móvil (1er batallon).—Un oficial del 24 ligero me previno hiciese mis indagaciones con cuatro hombres para prender á Luc que habia publicado él mismo ha-

ber sido el primero que tiró al general. Me acerqué á un grupo y pregunté por Luc á él mismo, y al cual no conocia; así es que me respondió: "Mi amigo: acaba de entrar en la peluquería de allí en frente para hacerse afeitar (risa general). Entré en la tal peluquería donde me dijeron que acababa de salir.—En seguida pasé á la casa de Mr. Mercier, el que me dijo, que vivia allí, y cuyo alojamiento me enseñó, y en el que encontré un fusil con su bayoneta; pero no á él. Encontré igualmente una carta escrita para Napoleon que se hallaba entonces en Auteuil. Busqué por las bodegas y sótanos: en unas no encontré á nadie, y en otras un fusil cargado. En fin, en uno de ellos atrapé á mi b.... de Luc (hilaridad prolongada), que estaba sumido dentro de una cuba: los soldados querian fusilarlo en el acto; pero me opuse diciéndoles: es forzoso llevarlo al cuartel, no le hagais mal."

Luc contesta á lo dicho por el testigo, que Mercier le ha salvado la vida.

Mr. Desbordes que volvió.—Mr. Mercier no ha podido hacer nada á su favor, porque quedó aturdido al ver los fusiles tendidos, y se echó por tierra.

Mr. Mouton, teniente coronel del 22 de línea.—Yo fuí enviado como parlamentario con Mr. de Ludre, representante del pueblo, para obtener la libertad del general De Bréa, y al efecto me dirigí al maire, suplicándole me designase la persona á quien podia dirigirme para cumplir mi comision. El maire me señaló á Mr. Bussieres, y al momento me apersoné con él y le dije: vosotros estais armados contra nosotros; ¿qué es lo que se quiere? ¿qué se pide?—Nosotros queremos defender nuestro país y la república.—Pues bien: nosotros igualmente peleamos por la misma causa. El general De Bréa ha venido á hacéroslo presente; ha venido como parlamentario, y lo han hecho prisionero; esta es una violacion del derecho de gentes, que todas las naciones civilizadas respetan.....—¿Por quién nos teneis, pues? me respondió Bussieres: estad persuadido de que nada le sucederá; y si alguno se escediese en contra del general, tendrá que habérselas conmigo." Entonces tomé la mano de ese hombre y lo invité á que hablase á los insurgentes en términos de paz, á fin de que volviesen al órden, y de este modo nos separamos con la esperanza de una reconciliacion. Volví á mi columna que habia hecho alto, y en el momento en que nos acercábamos ví llegar al maire, diciéndome: "¡Coronel, coronel; aquellos miserables lo han fusilado!" En el mismo acto, un hombre de barba larga llegó á anunciarnos tan infausta nueva, arrojándose á nuestros piés: "Esos hombres son unos pícaros: lo han fusilado: matadme, señor, matadme.—¿Vos sois uno de ellos?—No señor, me respondió; ellos son unos malvados, y yo soy honrado: fusiladme." En fin, conseguimos calmar á ese hombre que no conocíamos, y nos relacionó todo lo que habia acontecido.

Girard, antiguo militar, reconoció á muchos acusados por haberlos visto en la barrera Fontainebleau. Luego que llegó á ella, el reo Gauthron habia tomado una losa para lanzarla contra el comandante Desmarets; él lo impidió, agarrándole el brazo y apoderándose de la losa. Girard acompañó al comandante á la casa de Penhouet, donde hizo todos sus esfuerzos para salvarlo, así como á los demas prisioneros. Se habia dispuesto que partiesen, cuando un muchacho de doce años se puso á gritar, diciendo: "¡Los van á salvar: los van á salvar!" Al momento acudieron velozmente muchos hombres armados, y preguntando que quién era el que queria salvarlos, me pude escapar. Sin embargo, volví al cuartel donde oí á Nuens, y despues otras voces que le siguieron, dar gritos para que los fusilasen.

Gauthron.—Pues que el testigo se acuerda de declarar el mal, que recuerde el bien. Pido que diga si me ha visto con armas y lo que he dicho en aquellos momentos.

Testigo.—Dijo á Renaut: retiraos de ahí, ó sufris lo mismo que esos hombres.

Gauthron.—No es eso lo que os pregunto: (risas) pido que digais si me visteis con armas?

—¿Con armas? ¿qué mas armas ¡vive Dios! que la gruesa losa que teníais? (movimiento.)

Duvivier, albañil, fué uno de los que siguieron al general y su ayudante á la casa del Gran Salon; pero se opuso á que quitasen las charreteras al capitan Mangin, y tuvo un altercado muy vivo con el que queria degradar á ese oficial.

Este testigo vió á Bussieres en una de las vidrieras del Gran Salon, enseñar al público dos espadas puestas en cruz, diciéndole: "Ya están en nuestro poder: ya los tenemos!" Poco tiempo despues se encontró Duvivier en la escena que pasó en el cuartel, y como hiciese esfuerzos para salvar la vida á ambos prisioneros, el ayudante le dijo: "No creo que podais lograrlo."

—"Sí, sí: dejadme hacer."

—Entonces el general, dice Duvivier, me dió un abrazo. En este mismo momento nos encararon doce fusiles; pero no hicieron fuego. Reconocí en ese número al mendigo de Bicetre, á Daix y á Lahr que estaba con el uniforme de bombero.

En la audiencia del 23 se hizo presentar al tambor de que habló Mr. Desmarets.

Este tambor nombrado Ducellier, fijó la vista en el banco de los abogados.

Presidente.—No veais al banco de los abogados, (risas) los acusados están detras.

Ducellier.—El dia 25 á la una y media, hizo el general marchar la columna á la barrera Fontainebleau, y habiendo pedido un tambor ó un clarin, me presenté.

—¿No estabais algo ébrio?

—Si hubiera estado ébrio, no me hubiera batido.

—Continuad.

—Llegamos á la barrera, y disponiendo el general que hiciera alto, se aprocsimó al enverjado y habiendo introducido su mano se la apretaron con ademanes amistosos los que estaban dentro. Viendo esto el general hizo abrir la puerta pequeña por donde se entraba, y desabrochando su marsellés estendió los brazos para abrazar á algunos de los que allí estaban, pero lo rodearon y esclamaron tumultuosamente; ¡ya los pillamos! ¡ya los pillamos! y nos arrastraron violentamente. Yo estaba en el lugar donde se cobran los derechos municipales, y allí me despojaron de mi saco y me preguntaron si tenia cartuchos: les respondí que un tambor carecia de ellos, pero abrieron mi saco y devoraron trece bizcochos que tenia; al verlos comer, me alegré (risas) pero despues me mandaron que tocase la generala, á lo que les repliqué que no podia hacerlo sin uniforme; sin embargo, me repitieron la órden con amenazas, y viendo allí mucha gente armada y que no habia modo de resistir, les dije que hicieran de mí lo que quisiesen. Entonces me despojaron de la ropa, y como desgraciadamente encontraron 34 cartuchos, me ultrajaron mucho llamándome malvado, tunante y soldado como los demas, y me hicieron retirar escoltado por cuatro hombres. De este modo encontré al general y á su ayudante y presencié cuando lo degradaron y maltrataron. Llegué al cuartel atropellado por los insurgentes; mas en un movimiento que hicieron despues, me aproveché de la confusion y me confundí en la multitud.

Presidente.—¿Conoceis aquí á alguno?

—Coronel, no los conozco, y lo siento; porque si reconociera á alguno, tendria mucho placer en acusarlo (risa general).

El testigo en efecto, no conoció á ninguno de los reos.

—Cierta especie de sentimiento, dijo: me impide reconocerlos.

Cristobal Genriel, cura de la Casa blanca, fué llamado en virtud del poder discrecional, y se le tomó declaracion sin juramento para que informase sobre los reos.

Solo conocia á Bussieres, á quien designó como uno de sus feligreses mas honrados.

Solo puedo dar, dijo, informes muy generales; ví la escena de la guardia movil sin poder saber lo que se decia, porque todo era un tumulto y una barahunda; una vez oía gritar: ¡ahí están; ahí están! y era cuando se trataba de la tropa: despues se pasó no sé si una hora ó mas porque mi conmocion me impedia saber las horas. Despues me resolví á bajar por temor de ser buscado y asesinado; lo verifiquè y me hallé en medio de la multitud, la cual me atropelló; pero creo que fué involuntariamente.

Volví á subir y me contenté con practicar las funciones de un pastor de almas; esto es, orar, y cuando llegó á mis oidos la primera detonacion esclamé: "¡Subid al cielo, almas cristianas!" me coloqué tras de mis persianas, recogí la sotana, y dí la absolucion. En seguida bajé y entré en el cuartel muy conmovido: tomé las manos de los cadáveres y les dí de nuevo la absolucion. Lo que me obligó de nuevo á bajar fué un rumor que oí de que uno aun no habia mnerto; pero despues supe que se trataba del comandante Gobert que se salvó con la fuga.

Mad. Mercier.—He visto á Dugas dar de golpes con el puño en la cara del comandante Gobert: ví tambien á Moussel, borracho, ecsasperado apuntarle con su fusil: quise quitárselo y me lastimé un dedo con la piedra: al fin me mandaron retirar para que no me lastimasen y abandoné el patio. Bussieres se colocó en la ventana con las espadas del general y de Mangin gritando á la multitnd, "ya los prendimos, y no se salvarán." Luc era muy ecsaltado en la insurreccion y estaba armado con uu fusil y una pistola. Daix ha trabajado mucho en las barricadas, y en esos momentos decia: "¡es un infame! ¡un hombre que come el pan del gobierno!" En cuanto á Páris, he oido á Mr. Kaniel echarle en cara el haber impedido la libertad al general, y responderle aquel, que si no lo hubiera hecho así, lo fusilarian. En ese momento estaba Páris sentado en un guarda canton cerca de la casa de Mr. Dardelin.

Este último fué llamado, y dió esplicaciones sobre dos barriles de balas que estaban depositados en la barrera bajo la guardia de Luc por la mujer Nicolle almacenista. Estos dos barriles provenian de un regimiento de guarnicion en Fontainebleau y que se dirigian á Vincennes.

Presidente.—Esto es demasiado grave para dejar de citar á madama Nicolle; se le hará comparecer.

M. Dardelin.—Al dia siguiente del ataque, la tropa tomó un barril, pero el segundo desapareció.

Mr. Nogent Saint-Laurent suplicó á Mr. Dardelin que diese informes sobre una reunion electoral, en la cual Páris habia demostrado una conducta relevante.

M. Dardelin.—Antes de la revolucion de Febrero, tenia mis recelos y temores de Páris, así como de los demas compañeros suyos; pero despues de aquella época solo he tenido motivos para aplaudir su conducta. En todas esas circunstancias, se valia de su influencia para mantener á los obreros en quietud é impedir que cometiesen desórdenes.

Se interrumpió la audiencia por una comunicacion del presidente.

Me ha remitido la prefectura de policía, dijo, algunas notas acerca de varios reos. El escribano dará lectura á dichas piezas.

El presidente al acusado con la persona que designa la nota que se acaba de leer: Nuens dice que son siete hermanos, de una misma talla y todos relojeros, y que así la precedente nota no es relativa á él, sino á alguno de sus hermanos.

Presidente.—Y vos, Choppart, segun una nota estais condenado por abuso de confianza.

—Tengo un hermano, que segun sé, ha sido una vez condenado y así es que esto no me concierne.

Iguales notas, se leen sobre los acusados Vappreaux, Luc, Daix, Lebelleguy y Páris.

Páris confesó que habia sufrido tres condenas, de las cuales una fué por haber *recibido* golpes. Daix tenia dos, y Luc negó que hubiera sido condenado una sola vez.

Despues de este incidente, siguió la audiencia de los testigos.

Mad. Godefroi.—Cuando el general entró en mi casa, Páris lo tenia asido del brazo derecho.

—¿Estais bien segura de eso que decís?

—Sí señor; sus señas me impresionaron, y lo he